

Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, lei en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace entierro público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos enten imos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la exceciva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y lei el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-

rios centenares, principalmente novelas. Puedo evaluar toda la colección en 7.000, por lo menos. Probablemente subirá á 10.000 á la expiración de mi alquiler de este cuarto, si es que no expiro yo antes, lo cual me parece muy verosímil. Es raro lo insensible que me he vuelto al temor de la muerte; y eso que gozo mucho de la vida. He recorrido algunas *baladas* españolas, y me llamó la atención la superioridad de las versiones de Lockhart sobre los originales.

2 de Marzo. — Me dió pena oír en Westbourne Terrace que *** está profundamente impresionado por el fracaso del retrato que ha hecho de mí (1). Lo siento mucho. Parecía una buena persona y un pintor agradable; y yo simpatizo mucho con los sentimientos de los artistas cuya existencia depende de sus éxitos. Por mi parte, he tenido tan pocos frenos para mi vanidad como la mayoría de los hombres; pero he sentido los bastantes para aprender simpatía. He estado leyendo una obra titulada *Los Gentilshombres Chasseurs*. El antiguo régimen hubiese sido una buena cosa si el mundo hubiera sido hecho sólo para los señores, y si los señores hubieran sido hechos sólo para cazar.

3 de Marzo de 1850. — Comí en palacio. La reina estuvo muy amable conmigo. Habló mucho de mi obra, y confesó que no tenía nada que decir en defensa de su pobre antepasado Jacobo II. «No antepasado de vuestra majestad — dije; — antecesor de vuestra majestad.» Supongo que no fué una corrección descortés. En mi intención era un cumplido, y como tal pareció tomarla.

En el año 1839 Macaulay comió en palacio por primera vez, y describió su convite en una carta á sus

(1) No se refiere al retrato de Mr. Richmond.

hermanas. «Todos hablábamos cuchicheando. Fui presentado; me arrodillé; besé la mano á su majestad; tuve el honor de conversar con ella unos dos minutos, y la aseguré que en la India hacía calor y que yo disfrutaba allá de buena salud.» Ya puede suponerse que Macaulay no era aficionado á una sociedad donde se creía obligado á condensar sus observaciones en dos minutos y á hablar todo lo más bajo posible. Pero, á la verdad, lo atado que se encontró se debía principalmente á su inexperiencia de la vida cortesana; y andando el tiempo, empezó á comprender que la mejor manera de hacerse agradable era hablar allí como hablaba en todos lados. Antes de que pasase mucho tiempo, una dama que solía verle á menudo en palacio, ya como miembro del gabinete, ya como particular, escribe: «Era muy interesante oír á Mr. Macaulay, con su infinito caudal de anécdotas y conocimientos.»

11 de Marzo. — Escribí la llegada de las noticias del Boyne á Whitehall. Voy despacio, pero creo que muy bien. No hay muchas semanas en que no escriba bastante para llenar siete ó ocho páginas de impresión. La regla de no continuar nunca cuando no brotan espontáneamente las ideas, no serviría para todos los hombres ni para todas las clases de trabajo. Pero es lo mejor que puede hacer quien, como yo, no está atado al tiempo, no escribe por dinero y desea interesar y recrear á lectores á quienes por lo común repele la historia. ¿Cómo puede esperar un hombre que otros se recreen en leer lo que á él le parece insípido componer?

Todavía el viento Nordeste. ¡Qué días aquellos en que N. E. y S. O. era todo uno para mí! Sin embargo, tengo compensaciones, y hay que estar contento; y lo

estoy, aunque alguna que otra vez respingue un instante.

25 de Marzo.—Me he atormentado en ver lo que haría con una carta de ese pobre Roberto Montgomery. Me ha escrito suplicándole que le libre de la picota. He escrito dos veces la respuesta. Era muy difícil dar en el hito: rehusar toda concesión sin nueva ofensa, y defender la aspereza de mi artículo sin nueva aspereza.

15 de Abril.—Después del almuerzo me puse á escribir sobre la conspiración de los jacobitas en 1690. Es un capítulo arduo. Hacen que la narración se desarrolle, como es debido, brotando cada parte, naturalmente, de la que le precede; hacer ir y venir á los lectores por el canal de San Jorge, sin distraer su atención, no es cosa fácil. Sin embargo, puede hacerse. Yo creo que este arte de la transición es tan importante ó casi tan importante para la historia, como el arte de la narración. He leído el último tomo de *Clarisa*, que no había abierto desde mi viaje de la India. Casi lloré amargamente.

27 de Abril.—Fuí á Westbourne Terrace, y pasé una hora jugando con Alicia, una compañera de juego muy lista y atractiva, á mi ver. Yo era Dando en una pastelería, y luego en una ostrería (1). Después fuí un ladrón de perros, que había quitado á la niña el suyo, Diamante, mientras ella estaba jugando en los jardines de Kensington, y que iba por la recompensa anun-

(1) En la última generación no habrá uno entre cincuenta que haya oído el nombre de Dando: protagonista de cien baladas, que era llevado á los tribunales dos veces al mes, por lo menos, por negarse á pagar la cuenta después de atracarse en una ostrería.

ciada en el *Times*. ¡Querida criatura! ¡Cómo se abrazan tales seres á nuestros corazones!

Comí con Inglis. Handige contó algunas cosas buenas de campaña, y, entre otras, la frialdad con que habló el duque de un valiente oficial de Estado Mayor á quien mataron por exponerse temerariamente. «¿Qué tenía él que hacer allí? No citaré su nombre. Yo enseñaré á los oficiales que, muertos ó vivos, no serán elogiados, si tiran su vida.» Guillermo III en persona (1).

Longman da una cuenta magnífica de la venta de mis obras. Se ha acabado la sexta edición de la *Historia*. Esto hace 22.000 ejemplares.»

9 de Mayo.—Fuí al Museo Británico. Pusimos á Peel en la presidencia. Tiene mucha expedición. Es un hombre excelente para el despacho de asuntos. Vamos deprisa.

14 de Mayo.—Fuí al Museo. Peel llevó su proyecto de informe. Admiro la claridad y prontitud con que hace tales cosas. Lo que hace allí corre parejas con lo que hace en el Parlamento. El y yo marchamos juntos á maravilla.

1.º de Junio.—Comí con Peel. ¡Qué cosa más rara (2)!

(1) Walker fué tratado con menos consideraciones. Guillermo le juzgó un entrometido que había sido bien castigado por exponerse sin ninguna necesidad, y expresó esa opinión con marcado desabrimiento en el campo de batalla. «Señor—dijo uno del séquito—han matado de un tiro en el vado al obispo de Derry.—¿Qué tenía que hacer allí?—refuufuñó el rey? «Véase igualmente, en el capítulo XXI de la *Historia*, todo el párrafo que contiene la reseña de la muerte de Mr. Godfrey en el sitio de Namur.

(2) La rareza consistía en el hecho de comer Macaulay bajo el techo de Sir Roberto Peel. Una vez, por lo menos, había encontrado antes á su antiguo adversario en la casa de un amigo común. 2 de Abril (1839).—Comí en casa de Inglis, y vi á Peel.

Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, leí en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace enterrar público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos entenimos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la excesiva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y leí el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-

día probablemente al ofrecido en Tibur ó en Freshwater.

Madaira Hall; Ventnor, 3 de Septiembre de 1850.

Querido Ellis: Aquí estoy instalado muy deliciosamente. A un lado veo los riscos y arroyales del Undercliff, frente al cual está edificada mi casa. Al otro lado tengo el mar, tan azul en este instante como el cielo y tan tranquilo como la serpentina. Mi jardincillo es encantador. No quisiera llegar á olvidar, como Will Honeycomb, el pecado y el carbón de piedra de Londres por la inocencia y las hacinas de heno. Seguramente, la inocencia y las hacinas de heno no van siempre juntas.

¿Cuándo vendrá usted? Hágalo cuando pueda; pero temo que deje usted perder este tiempo tan delicioso y que difiera su visita hasta las tempestades equinociales. Puedo prometerle á usted abundancia de agua y de toallas, buen vino, buen te, buen queso de la ciudad, buenos huevos, buena manteca y buena leche de la granja que tengo á la puerta, una hermosa vista desde la ventana de su cuarto, y, si el tiempo nos obliga á encerrarnos en casa, las comedias de Plauto, las *Vidas* de Plutarco, veinte ó treinta comedias de Calderón, la *Historia* de Fray Paolo y una biblioteca de novelas—sin hablar de mis propias composiciones, que le leeré á usted, como Ligurino, *stanti*, *sedenti*, etc., etc.

Acabo de volver de un paseo de cerca de siete horas y de quince millas cumplidas, parte de ellas tan escarpadas como el Monumento. Me rindió tanto la subida al Black Gang Chine que, al llegar á la cum-

bre, me tumbé en el césped durante un cuarto de hora.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Ventnor, 8 de Septiembre de 1850.

Querido Ellis: Estaré en Ryde para recibir á usted el sábado próximo. No deseo sino que el tiempo continúe como hasta aquí. Las noches son un poco frías por fuera; pero los días son espléndidos. Me levanto antes de las siete; almuerzo á las nueve; escribo una cuartilla; ando cinco ó seis horas por entre breñas y monte bajo, con Plutarco en la mano; vuelvo á casa; escribo otra cuartilla; cojo Fra Paolo, y me siento á leer en el jardín hasta que el sol traspone el Undercliff. Entonces empieza á hacer frío; por consiguiente, me llevo mi Fra Paolo á la casa y sigo leyendo hasta la hora de comer. Mientras como llega el *Times*, y es un buen acompañamiento para un delicioso postre de melocotones, que abundan aquí. Tengo también al lado una novela de Teodoro Hook para saborear el vino. Luego doy una vueltecilla á la luz de las estrellas, y me voy á la cama á las diez. Estoy muy solo, casi tanto como Robinsón Crusoe antes de coger á Viernes. No he despegado los labios, que yo recuerde, durante estas seis semanas, si no es para decir: «Un poco de pan, si hace usted el favor», ó «tráigame usted una botella de soda-water»; sin embargo, no he tenido un instante de aburrimiento. Pero estoy contentísimo de que usted pueda concederme nueve días. Yo desearía que fuesen diez y ocho.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

9 de Septiembre. — Me levanté poco después de las seis y leí á Cobbet con admiración, placer y aversión (1). Después del almuerzo di instrucciones sobre los preparativos culinarios que han de hacerse para Ellis, que tiene más de Aparicio que yo. Luego, después de escribir un poco, puse en el bolsillo un tomo de Plauto, y vagué por los bosques al pie del Bonchurch. Me senté de vez en cuando y leí el *Poenulus*. Es entretenido; pero hay en el buen Plauto cierta torpeza y pesadez que le hacen tan mal sustituto de los maestros áticos de la comedia como el burro con respecto al perro de la fábula. Veis á cada paso que lo que él hace toscamente y sin tino fué hecho en el original con exquisita delicadeza. El Hanno de la comedia me trajo á la memoria el Hanno de mi canto de Virginia, y fui repasando este último durante el resto del paseo y me complació bastante. Ahora hace ocho años que se publicaron esos poemas. Todavía se venden y aun parecen agradar. No los tengo en mucho; pero no sé que se haya publicado ninguna poesía mejor desde entonces.

(1) He leído á Cobbett (escribe Macaulay). Interesante; pero la impresión de una lectura prolongada de tan venenosa invectiva y tamaña sofistería llega á ser penosa. Después de entrar en el Parlamento no fué nada. Allí hablaba con desembarazo cuando yo le oí, que fué á menudo. Me parece que pronunció un discurso de éxito—mera zumba sobre Plunkett—estando yo ausente. Demostró que era incapaz de hacer nada grande en las discusiones; y su asistencia al Parlamento le impidió hacer nada grande con la pluma. Su *Register* llegó á ser tan estúpido como el *Morning Herald*. Ciertamente, sus facultades decayeron con la edad, y las horas descompasadas de la Cámara contribuyeron probablemente á debilitar su cuerpo, y, por tanto, su espíritu. Su vanagloria y su sospecha de que todo el mundo estaba conjurado contra él fueron en aumento, y á lo último llegaron á tal grado que estaba realmente tan loco como Rousseau. Si yo quisiese podría escribir un artículo muy curioso sobre él.

De regreso me llevé Fra Paolo al jardín. ¡Admirable escritor! ¡Cómo gozo de mi soledad, del sol, del aire fresco, del paisaje y del tranquilo estudio! No sé cómo me he permitido pensar que yo no podía vivir fuera de Londres. Después de la comida volví á salir, mirando á las estrellas y recordando cómo solía contemplarlas á bordo del *Asia*. Aquellos eran tiempos desgraciados comparados con estos. No veo en mí ninguna predisposición á echar de menos el pasado cuando miro al presente.

16 de Septiembre.—Paseé nuevamente por la hermosa espesura que hay bajo el Bonchurch, y restituí al griego el diálogo del *Rudens* entre Gripo y Daemones, «¡oh! Gripo, Gripo»: diez y nueve versos que no tendría inconveniente en presentar en un concurso universitario. Fueron hechos en las condiciones más desventajosas, porque no tengo á mi disposición más libros griegos que un *Plutarco* y un *Nuevo Testamento*, ninguno de los cuales sirve mucho para el caso (1).

Macaulay opinaba que hombres, cuyo centro de vida se encuentra en otra parte que entre los clásicos, pueden hacer cosa de más provecho que traducir buena poesía inglesa en versos griegos y latinos. Se ha dicho que «los yámbicos griegos, de los cuales escribió Eurípides diez en una tirada de trabajo, y los exámetros latinos, de que Virgilio escribió cinco en un día, no son cosas para enjaretadas á docenas» en un paseo de tarde por un legista ó estadista inglés en día de asueto. Macaulay iba más lejos aún, y afirmaba que las disparidades entre el modo moderno de pensar y hablar y el modo antiguo son de tal índole que des-

(1) Pueden verse esos versos al fin de las *Misceláneas*. Se supone que el original del *Rudens* fué un drama griego, que ya no existe, del poeta Difilo.